

Muchos manjares se mezclan con frutos y raíces silvestres que en grandes cantidades recogen las mujeres y los niños; así las bayas del kharmik (*Nitraria Schoberi*) forman parte de la comida de los mogoles de Tsaidam.

La costumbre de fumar opio se ha extendido tanto más en la Mogolia cuanto que muchos chinos emigraron allí para sustraerse á la prohibición de cultivar la adormidera y de preparar el opio que en su Imperio existe y ha alcanzado su apogeo en los centros de las más apartadas de esas posesiones del Este del Turkestan. Los mogoles fuman el tabaco en pequeñas pipas chinas; sus hermanos los kalmukos del Volga usan una pipa más europea con tapadera para que el fuego resista los terribles huracanes de la estepa.

La tienda es la casa del nómada teniendo los dialectos turcos una sola palabra para las dos ideas: el cambio continuo de lugares no ha influido en la forma, materiales y construcción de la tienda. Cada uno y todos tienen su puesto de antiguo marcado; de aquí la rapidez en armar, desarmar, improvisar y organizar esas viviendas y la amplitud de las mismas que ha sorprendido á los europeos. En una tienda kirguisa regular caben 20 individuos durante la noche y 40 de día y además cuelgan de las paredes y de estacas los utensilios, las armas y algunos víveres. Los hombres ocupan la parte de tienda destinada á guardar el rebaño, las armas y las provisiones; las mujeres y los niños están á la izquierda de la entrada y los criados á la derecha y nadie cambia de sitio si no se lo mandan ó tiene para ello poderosos motivos. Gracias á este orden, en el espacio de una hora puede empaquetarse y cargarse la tienda y todo lo que contiene.

Donde hay madera el armazón de la tienda es de este material y puede descomponerse en 4 ó 6 piezas que los indígenas arman artísticamente y resguardan con una ancha tela tejida y á menudo elegantemente dibujada. Los techos de las tiendas mogoles son rectos y los de las kirguisas parabólicos: el armazón se cubre con un manto de fieltro partido en varios pedazos que se atan en sus puntas con cuerdas de pelo de camello y que los pobres sustituyen con corteza de abedul cocida sobre la cual colocan una estera de caña que se arroja y ata con una ancha cinta tejida. Un marco de madera con dos hojas de lo mismo sin quicios ni cerradura y en algunas tiendas un tapiz hacen las veces de puerta. Para dejar paso al aire y á la luz y salida al humo se retira la cubierta del techo: ésta es generalmente roja entre los turcomanos y negra entre los tibetanos y rojas son también entre los primeros las estacas del armazón de la tienda. Los nombres de pueblos en que entra la palabra *kara* (negro), como *kara tangutes*, *kara-kirguises* etc., se relacionan con el color de los techos de las tiendas. El tipo de la tienda ofrece pocas variantes entre los verdaderos nómadas cuyo bienestar se manifiesta no por la mejor disposición sino por el mayor número de viviendas; sólo las de los tártaros pobres en rebaños del alto Yius se asemejan al jurte y á la choza de tierra de los pueblos nortasiáticos. Las tribus miserables, como los kalmukos del Altai, viven bajo simples techados que apenas guarecen y que quizás fueron el germen de las tiendas más grandes. Las frágiles chozas de caña de los pobres habitantes del Tarim tienen algo de tienda; análogos á ellas son los jurtes de invierno de los tártaros kisiles del alto Tchulim, que en verano hacen vida nómada.

Los tibetanos nómadas viven en jurtes cuadrangulares de fieltro negro de pelo de yac cuyas dimensiones son en el Sud bastante grandes y en los cuales se guardan no sólo los enseres domésticos (tazas, pucheros etc.), sino también el *argal* seco (excrementos de los animales) que constitu-

ye el único combustible. Los lechos de estos jurtes se componen de pieles. Cuanto más insegura es la existencia, tanto más miserables son las viviendas: las de aquellos tanguetes de quienes dice Prschewalskij que guardan enterradas todas las provisiones y los objetos que poseen, casi no contienen más que pieles y excrementos.

Los cambios de estaciones se reflejan en la distinta manera de cubrir las tiendas. Con una temperatura bajo cero durante muchos meses y metidos en tiendas donde penetra el aire, ni el fuego ni las pieles bastan para hacerles entrar en calor á los habitantes de las estepas; por esto los teke turcomanos tienen junto á las tiendas cavernas subterráneas calientes en invierno, gracias al fuego, á los tapices y á los fieltros, y frescas en verano. Durante las tempestades invernales hay que apagar el fuego que arde en el centro de la tienda y reforzar ésta con clavijas y cuerdas y aun así no siempre resiste los embates del huracán. Desde mediados de marzo á mediados de abril se quita la cubierta exterior y se aflojan las clavijas de la tienda; poco después se desarma ésta y se carga en las acémilas, trabajos que desempeñan las mujeres y que se repiten á cortos intervalos. Al aproximarse el invierno, generalmente á fines de octubre, se monta de nuevo la tienda invernal; los ricos ponen en ella dobles cubiertas de fieltro, los pobres la cubren con cañas y todos la refuerzan con recias cuerdas atadas en las clavijas.

Los jurtes mogoles están á menudo aislados ó formando grupos diseminados; en cambio los kirguises organizan su *aul* donde quiera que se establecen y los tibetanos septentrionales á pesar de su poca densidad de población, viven y emigran en hordas de diez tiendas.

Los nómadas no son generalmente muy limpios, sobre todo en las comarcas frías y faltas de agua en donde es proverbial que Dios no se muestra bondadoso con los hombres que no tienen porquería. Las mismas kalmukas de Astracán, á menudo exteriormente aseadas, no se mudan la camisa hasta que se les cae á pedazos.

La transición de la tienda á la casa fórmanla la miserable choza de tierra que el mogol demasiado pobre para pastor construye cerca de sus míseros campos y las cabañas de provisiones y de invierno de los seminómadas. Las tribus sedentarias de Mogolia y del Tibet edifican con ladrillos secos casas cuadrangulares de varios pisos con habitaciones á modo de cavernas y con los techos planos: esta es la forma dominante aun en la región selvática del Ladak meridional y de Baltistán en donde también se encuentran casas de madera con los techos oblicuos. Los kalmukos altaicos sedentarios han conservado en sus chozas exagonales la rotonda de las tiendas. Las casas planas del Tibet, siempre grises, con sus ventanas irregularmente abiertas y rodeadas en las comarcas agrícolas de verdaderas murallas de estiércol, son muy á propósito para aquel país frío. Las poblaciones son menos frecuentes que los corrales aislados; en Sikkim, mucho antes de llegar á Yokung, sólo se encuentran grupos de 3 ó 4 chozas. Para disfrutar de más calórico viven en una casa tantos individuos como en ella pueden haber, prefiriendo habitar sobre los establos. El techo plano es de especial importancia y en la plataforma sobre él construída con piedras lisas, ponen los tibetanos á secar sus cosechas, hacen sus oraciones á una pequeña estatua de Budha y toman el sol durante el invierno.

Las habitaciones son tristes y tenebrosas y al través de las numerosas rendijas de sus paredes penetra libremente el aire: la porquería de todo el año suele hacer en ellas las veces de cal y de mortero y un agujero en el techo da sa-

lida al humo que se escapa del hogar instalado en el suelo. Los ricos duermen sobre frágiles y desiguales tablados, los pobres sobre la tierra: aquéllos poseen unas mesitas bajas y dos ó tres colchones de cuero en los cuales se sientan las mujeres cuando por la noche se reúne la familia en torno del fuego. Las sillas y los taburetes son objetos desconocidos entre estas gentes. Las pequeñas tribus nómadas temerosas de los ataques de sus enemigos, como las de Tsaidam, de la Dsungaria y del Norte del Tibet, entierran sus bienes y algunas provisiones, razón por la cual parecen más pobres de lo que son.

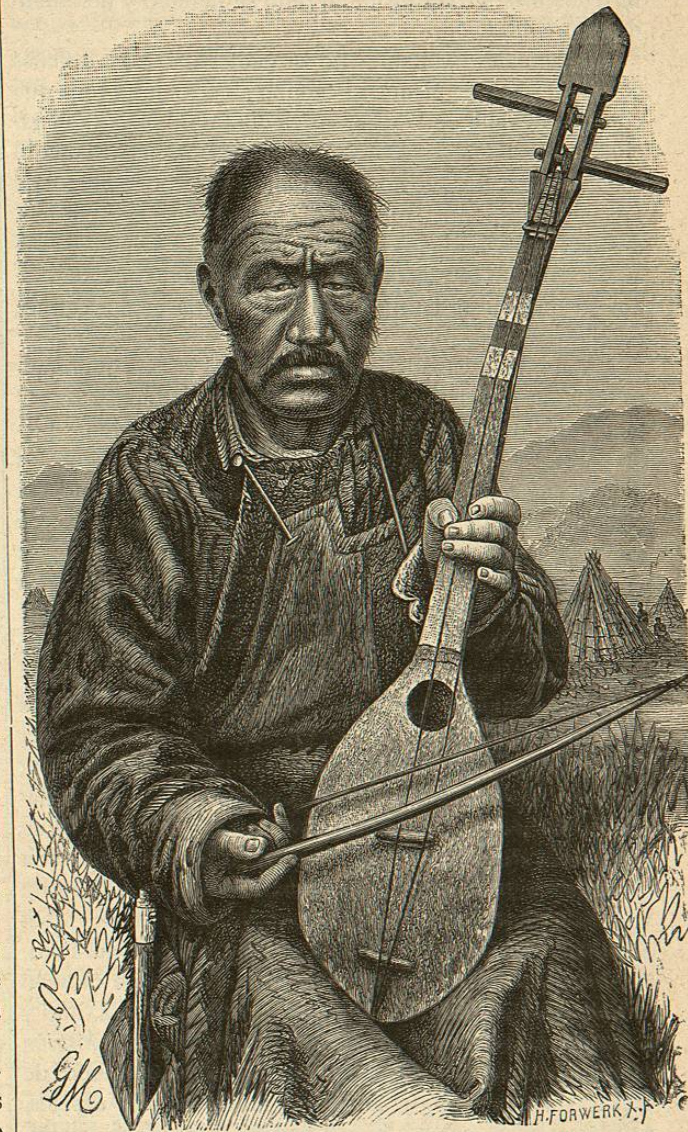
Los antiguos hablaban de nómadas de las llanuras escitas (los agathyrros y los sauromates), que vivían en tiendas montadas sobre carretas llamadas por ellos *hamaxabiotas*. A ese número pertenecían los tártaros de Kundurofsk que en sus emigraciones cargaban sus tiendas de fieltro sobre *arabas*, carros de dos ruedas. Tales pueblos, al decir de los antiguos, habitaban en los pantanos de la Meótide, en donde más tarde hacían también sus correrías los nogaios puros. Aun hoy en día se encuentra en algunos lugares su tienda de 2 y $\frac{1}{2}$ á 3 metros de diámetro. Los carros-tiendas eran tirados por pequeños bueyes, ligeros hasta el punto de poder andar al trote.

Ciudades y grandes poblaciones fijas sólo las tienen aquellos nómadas que han aceptado la vida sedentaria ó semisedentaria: así en el delta del Oxo los kara-kalpakos poseen Tchimbai que sólo temporalmente habitan y cuya población permanente se compone en su mayor parte de comerciantes, sacerdotes é industriales. Los nombres famosos de las ciudades del territorio del Oxo son iraníes pero los de algunos lugares son turcos, lo cual prueba que antiguamente los turcos se establecieron entre la población irania, aumentando poco á poco y dando en tiempo de Timur el golpe de muerte al elemento iranio al que, sin embargo, no pudieron quitar su superioridad y su afición á vivir en ciudades. Villas como Urga y otras más pequeñas como la residencia de un príncipe mogol de Kurlyk-Nor de que habla Prschewalskij, son estables cuando menos por largo tiempo, aunque no son ciudades á modo de las nuestras sino conjunto de factorías, almacenes, bazares, fuertes, etc., como dice Regel hablando de Chicho en el territorio del Ili. Cerca de estas plazas se encuentran á menudo pequeñas fortalezas, simples espacios amurallados y con fosos, que sirven de refugio en tiempo de guerra ó cuando se temen correrías de rapiña.

Las ruinas de muchas y grandes ciudades son características de las estepas: Prschewalskij encontró á 30 verstas del río Amarillo en el centro del arenoso Kusuptchi las de una ciudad en un recinto amurallado y cuadrado de 8 verstas de largo por 10 metros de alto. La ciudad de Lob, destruída en el siglo catorce, se alzaba en Dchachansai-Darja, á unos 50 kilómetros al Sud de Lob-Nor, donde en la actualidad viven miserablemente doscientos hombres. En el oasis de Tcherchen se ven ruinas de dos grandes ciudades y los habitantes aseguran que á media corriente del Tcherchen Darja se encuentran huellas de antiguas ciudades y colonias. Prschewalskij oyó en Lob-Nor y en Tcherchen, y la tradición refiere en el oasis Keria, que entre Chotan, Aksu y el Lob-Nor hubo antiguamente 23 ciudades florecientes en la actualidad sepultadas bajo la arena del desierto. Aun en nuestros días los pueblos sedentarios después de haber cedido á los nómadas sus campos, pastos y bosques les abandonaron sus ciudades: tal hicieron los karakalinos con los turcomanos de Achalteke que no utilizaron la villa evacuada. A raíz de la caída de Achalteke visitó Heyfelder á Karakali que describe como una moder-

na Pompeya. La emigración de tártaros y judíos despobló muchas ciudades crimeas después de la toma de posesión de los rusos, entre ellas la de Mankup, no muy antigua, que en 1800 encontró Pallas inhabitada.

Las dos únicas ciudades importantes del Noroeste de Mogolia, Kobdo y Uliassutai, ofrecen interesantes pruebas de las condiciones de la vida urbana de estas regiones: ambas están situadas, aunque en oasis, en comarcas incultas y á una altura de 1700 metros y sus alrededores carecen de árboles y de hierba; por esto son, como todas las mo-



Músico kirguís (De una fotografía)

golas, de corta vida. Cuando en 1870 la visitó Ney Elías, Kobdo empezaba á ser trasladada á un sitio mejor, á 5 jornadas del camino de Urumtsi, en donde un convento de lamas y un distrito poblado y con mucha agua prometían mayor prosperidad: el antiguo emplazamiento fué abandonado porque á una jornada á la redonda no quedaba ya un solo árbol. La escasez de bosques y lo accidentado de la historia explican el gran número de ruinas de ciudades que se ven en la Mogolia.

Donde no hay ciudades los restos de fortificaciones acusan la accidentada vida histórica de estos territorios. Schangin describe una fortaleza de los kalmukos montañeses construída en una colina aislada en la desembocadura del Tchela: la muralla de piedras que rodeaba la cima por tres lados tenía aspilleras y agujeros para mirar. Los extensos muros destinados á defender un paso ó un atrincher-

miento importantes figuran en todas las estepas en las luchas de los nómadas entre sí y con los sedentarios. Las líneas de Simbirsk á Atemar por Sursk y de Pensa á Tambow defendían á Moscou contra las incursiones de los tártaros. Pero la más famosa obra de esta clase es la muralla china que desde el alto Hoangho hasta el mar cerraba y defendía á la antigua China; en su lugar hay ahora una zona de emigrantes chinos agricultores que protege más eficazmente que aquélla á las provincias septentrionales del Imperio por cuanto ha arrojado á los mogoles de los terrenos más fértiles disminuyendo su número y debilitando su organización.

Los actuales habitantes no se dedican á esas difíciles construcciones de piedra: el camino abierto en la roca que conduce al valle de Wachansai es obra de pasadas generaciones más vigorosas y en Serafchán hay un lugar llamado Puente de piedra que hoy sólo tiene un puente de madera. Las leyendas de Iskander (Alejandro) que se aplican á muchas obras antiguas superiores á lo que la generación actual concibe, se refieren también á restos de puentes que hoy se encuentran en lugares insignificantes como Termez en el Amu.

Al lado de la ganadería es el comercio la más importante rama de la actividad económica en la estepa y se alimenta de los productos de aquélla, de la caza, de las piedras y raíces y aun de pequeñas industrias como la de los tapices que tejen las turcomanas. Los antiguos conocían como procedente de tiempos inmemoriales el comercio de pieles de los escitas. El nómada tiene necesidades que su pobre país no puede satisfacer; por esto en todas partes avanzan los mercaderes, en especial los chinos, que recorren el país desde las factorías (*slobodas*) de los rusos hasta el Turkeistán. Algunas tribus están en íntimas relaciones mercantiles con determinadas plazas; así los tártaros de Chugnan proveen á los kara-kirguises del Pamir en la época de los pastos y éstos en otoño van á Chugnan para cambiar sal por cereales. En un tiempo en que los nómadas tenían menos necesidades que ahora, Pallas hizo la siguiente lista de artículos que las gentes de la Gran Horda compraban y vendían á los kirguises kasaks de Troizk: vendían bueyes, caballos, ovejas, cabras, pieles de lobo, zorras encarnadas y de las estepas, animales domésticos, fieltro, paño, impermeables y cuerdas de pelo de camello y pieles de potro y compraban tejidos de lana, seda, lino y algodón, entre ellos terciopelo, paño escarlata y *kitaika* (tela de algodón china), pieles finas para gorras, cuero de Rusia, marroquí, dijes, afeites, corales, trenzas, espejos, navajas, agujas, peines, hierro, estaño y cobre en barras, utensilios de cocina de hierro, arrosos, cuchillos, destrales, tazas, pipas, tabaqueras, cofres, carros, colores, azufre, cera, lacre, resina, harina, sagú, te, etc.

El comercio da á toda esta región el carácter colonial, pues á pesar de ser muchas las ciudades chino-mogolas, los emporios más grandes y genuinamente chinos, que son á la par importantes fortalezas, están junto á la frontera y sirven para el comercio y para la defensa del país posterior: los demás son puestos avanzados que fácilmente pueden abandonarse para levantarse de nuevo con igual facilidad en otros sitios más favorables. Cinco de estos emporios forman una línea de fortalezas en las fronteras septentrional y occidental de China y pueden ser considerados como bases de operaciones desde donde se hace el comercio con las estepas y aun más allá de éstas: de ellas es completamente china Kalgán; en cambio las construcciones y la población de Khukhukoto dan á esta ciudad un tipo marcadamente centro-asiático; la frecuente permanencia de la

corte china ha impreso un carácter chino á Chehol, á pesar de ser este el más oriental de los tres arrabales de China. Chehol está situada en el camino que de Pekín y por la gran muralla conduce á Tsitsikar en la Manchuria septentrional, al paso que el tráfico de Kalgán se dirige á Urga y el de Khukhukoto á Kobdo en el Norte y Noroeste de la Mogolia respectivamente. Entre estas capitales se han desarrollado muchas pequeñas ciudades, de gran importancia local algunas como Karakhoto y Dola-Nor ó Lama-Mian. Hacia el Sud de la antigua frontera occidental del Imperio, en Ninghia (alto Hoangho) encontramos el punto de partida de una animada colonización, el «país de las entradas», notable cadena de oasis que es el camino más natural desde el Himalaya al Altai á través del Asia y que desde remotos tiempos constituye el lecho de importantes corrientes de emigración y de tráfico: allí había 200 años antes de J. C. colonias militares de las que en tiempo de Marco Polo surgieron grandes ciudades mercantiles chinas que difundieron la civilización china hasta el Altai y el Pamir. Siningfú es en el Sud lo que Ninghia en el Oeste, puerta de tránsito y de salida; facilita el tráfico con el Tibet y en parte con la India y antiguamente su comercio fué mayor que el de Ninghia. Fuera de estas plazas fronterizas sólo hay factorías mercantiles. Las capitales de la frontera son puntos de partida del comercio y al extremo de las vías que de ellas arrancan están los puntos de llegada, situados también en líneas fronterizas (siberiana, turkестana y tibetana) y entre unos y otros hay una serie de ciudades que son sitios de descanso ó intermediarios del tráfico. La importancia de los lugares se relaciona con esa triple función.

Las poblaciones situadas junto á los caminos están como éstos expuestas á las incalculables alternativas del comercio: el camino de caravanas de Kalgán á Kiachta por el Gobi, muy frecuentado hasta mediados de este siglo, ha perdido mucho desde que los rusos embarcan grandes cantidades de te para Tientsín y de allí lo envían por tierra á Irkutsk á donde fué trasladada en 1862 la aduana de Kiachta. La Maimatchín china y la rusa Kiachta serán importantes como puntos de cruce de un animado tráfico hasta que se abra el nuevo y más corto camino al través de la Mogolia que ha de ir directamente desde Tchindank (Transbaikalia) á Dola-Nor. Por lo demás, la vía del Gobi hubo de sufrir á menudo los inconvenientes propios de su altura y de su clima rudo; así en 1875 el viaje al través del Gobi se hizo muy difícil porque la falta de forraje obligó á separarse de allí á los mogoles que en una extensión de 350 kilómetros tenían á su cargo el servicio de postas.

Antiguamente el nómada se confeccionaba los objetos de uso que el arte y la aplicación producen; hoy el comercio le evita algunos de estos trabajos industriales, pero en las comarcas apartadas y poco visitadas por los comerciantes todavía se encuentran varias industrias domésticas. Los pobres y atrasados habitantes del Tarim hilan y tejen la lana de oveja y se proporcionan una fibra textil de los tallos del *kondyr*. Las mujeres hilan en una rueca especial y tejen en un telar muy sencillo bastas telas de lino. A pesar de la sencillez del huso y del telar, las tribus que están en contacto con pueblos sedentarios industriales fabrican productos muy variados: las telas de lino de tejido algo claro pero muy bien blanqueadas, las servilletas con cabos rojos, las lanas y los trajes de gala bordados en seda, nos dan una idea de la actividad y habilidad de las mujeres tekes cuyos tapices y alforjas de abigarrados colores, aunque sin el azul y el violeta, constituyen un importante artículo de comercio. Las turcomanas tejen con los más finos

pelos de los camellos jóvenes el *agari*, especie de tela de seda que en Persia compran á peso de oro, y burdas telas impermeables: también saben fabricar guantes de punto y mantas. Antiguamente las mogolas no conocieron el arte de tejer, pues las fajas que con hilos de seda de colores confeccionaban más que tejidos eran entrelazados. Los nómadas se caracterizan por el mucho uso que hacen del fieltro para cuya fabricación les sirve de primera materia la lana de camello y de oveja que después de humedecida arrollan con las manos y batanan con los pies. Sus fieltros blancos ó de color natural ó adamascados les sirven para confeccionar cubiertas para tiendas, gorros, medias y entre los pobres prendas de vestir. El cuero, que se obtiene en grandes cantidades, es entre los ganaderos kirguises artículo de gran exportación á Rusia y á los kanatos en donde lo elaboran y refinan. Las pieles se ablandan en un líquido que contiene queso seco, harina y sal y se rascan con las manos ó, si son muy grandes, con unas máquinas parecidas á los agramadores. Cada piel tiene su especial aplicación: la de cabra sirve para odres de agua, la de caballo para odres de *kumys*, el *jargak* (cuero de oveja pulido) y más aún las pieles de potros y de camellos jóvenes para vestidos. Donde la madera abunda y es buena, fabricanse con ella muchos utensilios, utilizándose especialmente la de *Elaegnus*, olivo silvestre. El nómada necesita dos clases de madera, una para las estacas de las tiendas y otra para las sillas de montar: estos objetos junto con grandes platos y cofres de madera son artículos de comercio. Las antiguas cucharas, los vasos para el *kumys* y aun las espumaderas que hace 100 años eran de madera entre los kirguises, hoy son en todas partes de hierro y en su exportación á los países turcos y á Mogolia rivalizan los chinos y los rusos. Dado que los antiguos regentes chinos prohibieron proveer de hierro á los mogoles, cabe preguntar si el origen de la elaboración de este metal entre éstos ha de buscarse en el Este. Muy estimados son los pucheros de hierro fundido en los que se cuece la comida de todos los habitantes de una tienda: Prschewalskij encontró una gran fundición china de ellos en Bautu (Mogolia oriental). El número de herreros es escaso y su oficio está envuelto en la superstición, debiendo auxiliar á los camanes en los casos apurados: ellos y los músicos (véase el grabado de la pág. 325) constituyen las últimas clases de la sociedad de los ladakis; en cambio entre los kirguises el herrero es el auxiliar del *bakchi*. La fragua, el yunque, á menudo simple piedra, el martillo y las tenazas, todo muy rudimentario, son los útiles del herrero kirguís y mogol que naturalmente sólo puede fabricar con ellos objetos de sencillez suma. Más adelantados los turcomanos, imitan los dijes bastante finos de labor persa, fabrican fusiles de mecha y es probable que hayan fabricado el cuño con que hacen sus monedas de plata. Los turcomanos caspios de Krasnowodsk explotan la sal y los de la isla Tcheleken la nafta, obteniendo anualmente 200.000 pudes de aquélla y 100.000 de ésta y exportando ambos productos á Amur Ade ó llevándolos á Asterabad. Curioso invento de los baskirios parece ser un molino que Pallas vió en el Ural meridional: con faginas se forman pequeños barrancos sobre los cuales se construye una pequeña choza en cuyo centro hay á modo de mesa dos discos de madera, el de debajo inmóvil, cuyas superficies interiores están cubiertas de clavos de hierro; el disco superior puede moverse sobre el inferior por medio de una manecilla cortada de un árbol de manera que las raíces mantengan fijas las aletas sobre las cuales cae el agua poniendo en movimiento el mecanismo más sencillo que en materia de molinos puede darse. El arte de los noma-

das, aunque limitado en algunas circunstancias, no es insignificante. Los mogoles budhistas reciben del Tibet las imágenes de dioses y los artísticos objetos del culto que el islamismo prohíbe fabricar á los turcos mahometanos. El adorno de las armas entre los hombres y el de los vestidos entre las mujeres acusan cierto gusto. En punto á armas y á tejidos de colores, los habitantes del Oeste del interior del Asia están muy por encima de los del Este, gracias sin duda á las enseñanzas persa é india.

La condición de la mujer ha sido por algunos autores equiparada á la de una esclava: la pereza de los hombres, aun de los mismos turcomanos, hace que no haya una división equitativa del trabajo: todas las faenas domésticas son para la mujer que también es la encargada de montar la tienda, de fabricar fieltros y cuerdas para ésta, de tejer y coser los vestidos y de procurarse combustible. En las tribus agrícolas la mujer labora las tierras, siembra y siega y á menudo tiene que ensillar los caballos y que atender cuidadosamente á la silla y á las armas; entre los kirguises de Semipalatinsk prepara, además, el aguardiente con que se embriaga su señor y dueño. La caza está reservada á los hombres que asimismo guardan los rebaños, guerrear y roban. Las muchachas kirguises custodian las ovejas de noche pero no de día, pues esto es tenido como un castigo. Las mujeres han de cuidar á los animales enfermos, especialmente á los becerros. A este exceso de trabajo material se junta su baja condición desde el punto de vista moral: «El consejo de una mnjer sólo para una mujer sirve,» dice un refrán kirguís. El nacimiento de un niño alegre y enorgullece y el de una niña es mirado como una carga cuando no como una desgracia. Pocas tribus nómadas cumplen el precepto islámico de separar á las mujeres de los hombres y en ellas son una excepción las mujeres que se cubren el rostro con el velo. Aunque sometidas á ciertas formalidades gozan las solteras de una libertad que puede llegar hasta muy lejos mientras las consecuencias del trato con los jóvenes de la tribu no sean visibles ó, lo que es peor, mientras ese trato no traspase los límites de la tribu ó *aul*. Para el primer caso están generalizados los abortivos, á cuyo uso se debe en parte el escaso aumento que experimentan varios pueblos del centro de Asia.

Los kirguises observan rigurosamente la exogamia buscando esposas en otras poblaciones á menudo distantes de ellos 700 verstas.

Dos prácticas, que el cúmulo de ceremonias no disimula, imprimen al matrimonio de los nómadas el sello de injusticia para con la parte débil. Los esponsales se celebran mucho antes de la pubertad y el *kalim* (regalo de boda) es en realidad el precio por que se compra la novia, como lo demuestra el hecho de que los que no pueden aprontarlo adquieren la mujer con su trabajo, á la manera de Jacob. Entre los actuales kirguises celébranse todavía esponsales cuando los novios están aún en la cuna, haciendo el padre del novio la demanda con las mismas formalidades que si se tratara de adultos, es decir dirigiéndose con sus parientes más próximos al *wiss* de la novia y hablando con el padre de ésta de cosas indiferentes hasta que sacando una taza de aguardiente y una pipa preparada formula su petición. En la tribu ksilil de los kirguises de Tomsk el padre del novio pronunciaba, hace aun muy pocos años, las siguientes palabras: «Si el agua invade tu vivienda yo seré un fuerte dique; si el viento sopla en ella seré una pared protectora; si me llamas acudiré corriendo como un perro; si me golpeas en la cabeza entraré en tu casa y seré tu pariente.» Si el padre de la novia acepta el aguardiente y la pipa, es señal de que accede á la demanda y entonces se tra-